

CESEDEN

EVOLUCION DE LAS INVESTIGACIONES ACERCA
DE LA GUERRA Y LA PAZ

- Por Julien FREUND
- De la Revista Strategique. 1/79
- Traducido por el Coronel de Ingenieros DEM
Don Juan Manuel SANCHO SOPRANIS Y FA
VRAUD.



Junio-Julio, 1979

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 128-IX

I.- CONSTANCIAS

Las nociones de guerra y de paz no han dado prácticamente lugar a investigaciones sistemáticas y científicas más que después de la segunda guerra mundial. Su primer iniciador fue Gaston Bouthoul que creó, en 1945, el Instituto Francés de Polemología. Muy pronto, la nueva disciplina hizo surgir institutos de investigaciones especializados en la mayor parte de los países occidentales y en Norteamérica. Alrededor de los años 1960 se había abierto la brecha y, en 1965, se constituyó una asociación internacional que agrupaba la mayor parte de los investigadores de todos los países: la Internacional Peace Research Association - (IPRA). Ese mismo año celebró su primer congreso mundial en Groninga, en Holanda, donde el profesor Rölling había creado un instituto de polemología. Hoy día, la importancia de este género de análisis es poco más o menos universalmente reconocida, hasta el punto que varios gobiernos las subvencionan. Para comprender esta rápida evolución, es preciso hacer unas cuantas observaciones.

Con pocas excepciones, como el Instituto Francés de Polemología, estos institutos han sido en general creados por universitarios. Por consiguiente, o están integrados en Universidades o están dirigidos por universitarios, como en Alemania, dentro de una amplia organización de investigaciones, como la Max-Planck Gesellschaft. Los fundadores de estos organismos vienen de los horizontes más diversos del paisaje científico: matemáticos, físicos, biólogos, sociólogos, filósofos, teólogos, médicos y psicoanalistas. Ha habido como una convergencia de

las preocupaciones en todos los medios científicos. Por lo tanto, cuando se conocen las investigaciones llevadas a cabo en el mundo, se comprueba que son ampliamente interdisciplinarias. Se puede incluso decir que son pocas las disciplinas que han sabido responder con tanto éxito a la preocupación de la interdisciplinaridad.

Las denominaciones más corrientes con las que se hacen estas investigaciones son Instituto de Polemología, Institute for Peace Research o Institute for Conflict Research. Pero también sucede que sean emprendidas con otros nombres: irenología, ciencia del comportamiento, psicopatología colectiva, futurología, ciencias de las relaciones internacionales, sociología de la guerra o de la paz, estudios militares, etc. Se comprueba, entre los investigadores de la mayor parte de los países -no es todavía el caso de Francia- una voluntad de reagruparse en una asociación nacional, con vistas a promover y organizar las investigaciones: el Consortium on Peace, Education and Development y la Peace Science Society en Norteamérica, la Deutsche Gesellschaft Für Friedens - und Konflikforschung en Alemania Federal, the Conflict Research Society en Gran Bretaña, o el Japan Peace Research Group. Algunos estados han tomado incluso la iniciativa de crear un centro nacional; por ejemplo, la Confederación helvética ha fundado "l'Institut suisse pour - l'étude del conflicts et le maintien de la paix". La ONU ha adoptado, hace unos años, la propuesta del gobierno belga de publicar cada dos años un informe acerca del estado de las investigaciones acerca de la paz y de la guerra en el mundo entero. Finalmente, las Iglesias se interesan también en el problema, bien sea en forma de institutos especializados como la Forschungsstätte del evangelischen Studiengemeinschaft de Heidelberg o el Katholischer Arbeitskreis Entwicklung und Frieden de Friburgo (Alemania), bien sea en la de las reuniones internacionales o nacionales de debates, por ejemplo dentro del movimiento Pax Christi (católico) o la Conférence des religions mondiales pour la paix (ecuménico).

Los temas de investigación son extremadamente variados. En primer lugar, el esfuerzo se centra evidentemente en los fenómenos de guerra y de paz, así como en el hecho militar y en la noción de tratado de paz. Otros institutos entienden la noción de conflicto en sentido amplio (huelgas, reivindicaciones, rebelión), o analizan la violencia bajo diversos aspectos como el terrorismo o la revolución. Numerosísimas investigaciones se refieren asimismo a la agresividad, a la crisis, a la amenaza y a la disuasión, a la toma de decisión, al desarme, a las relaciones internacionales, al fenómeno de la minoría, al partisán. Otros es

tudios son de naturaleza más bien demográfica o biológica, psicológica, sociológica o sencillamente histórica. El análisis de las diversas ideologías dista mucho de ser descuidado. Ciertos institutos extienden sus investigaciones a la teoría de los juegos, al desarrollo y al subdesarrollo, a la educación para la paz, a la información, a la prospectiva futurológica. Otros se ocupan más especialmente de las situaciones polemógenas o belígenas en el mundo, por ejemplo en Oriente Medio, en Africa, en Hispanoamérica, en la India, etc. O se estudia exhaustivamente autores del pasado que han meditado y escrito acerca de la guerra y de la estrategia, como Maquiavelo, Erasmo, Hobbes, Clausewitz, o acerca de la paz como Kant y otros. Sencillamente, no hay ortodoxia ni en la relación de los temas ni en lo que se refiere a la metodología.

El número de obras escritas desde hace unos treinta años bajo el signo de la polemología o de la Peace Reserach es inmenso. Muchos institutos editan su propia revista. Ciñéndonos a Europa, citemos entre los más conocidos News and Views de Lancaster. Konfliktforschung e Information Zukunfts - und Friedensforschung en la República Federal alemana, Instant Research on Peace and violence de Tampere (Finlandia), Bulletin of Peace Proposals de Oslo, Wiener Blätter zur Friedensforschung (Austria), Science et Paix de Lovaina, etc. Había una revista francesa, Etudes Polémologiques, que ha tenido que suspender su publicación por falta de medios financieros en 1976. Entre las revistas americanas, hay que citar el Journal of Conflict Resolution y el Journal of Peace Research de origen noruego. Señalemos también de paso que se encuentran en varios países -aquí también Francia es una excepción- libros que reúnen los textos más característicos de los especialistas de la guerra y de la paz. En Alemania, por ejemplo, hay dos: uno publicado bajo la dirección de E. Frippendorff con el título de Friedensforschung (Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 1968), otro bajo la dirección de D. Senghans y con el título de Kritische Friedensforschung (Francfort, Suhrkamp, 1971). Desgraciadamente, hay que deplorar la unilateralidad de ambos libros ya que se abstienen de citar cualquier texto de autor francés, incluso del fundador de la polemología, Gaston Bouthoul.

Hay que añadir otra constancia relativa a la distribución geográfica de estos institutos o centros de investigación y su distribución en los países. El Tercer Mundo está casi ausente de la lista, excepto tal vez la India. Rusia soviética y los países del Este parecen haber renunciado, por ahora, al desarrollo de esta especialidad, aunque sin lugar a duda estudien los problemas de la guerra y de la paz en el marco de otras disci-

plinas. Mencionemos no obstante la existencia, en Viena, de un Internationales Friedeninstitut controlado por los rusos y donde se reúnen, en el curso de los coloquios, simposiums y demás manifestaciones, investigadores de Occidente y sabios del Este. Los países latinos son también bastante pobres en cuanto a institutos especializados. Señalemos el Institut de Polémologie de Milán y, más recientemente, el Instituto de Polémología Víctor Seix en Barcelona. Además del Institut de Polémologie de París (institución privada), existen en Francia el Institut de Polémologie de la Universidad de Ciencias Humanas de Strasbourg, una rama francesa de l'Académie mondiale pour la Paix en Niza y un Centre de recherche des relations internationales en París. En Bélgica, existen dos institutos conocidos: el Centre de sociologie de la guerre de la Universidad libre de Bruselas y el CRESUP de la Universidad católica de Lovaina. En Holanda, hay que citar sobre todo el Institut de Polémologie de la Universidad de Groninga. En cambio, hay plétora de organismos en los países germánicos, escandinavos y anglosajones. Mencionemos, para Alemania y Austria, l'Universitätszentrum für Friedensforschung de Viena, la Gesellschaft für Zukunfts - und Friedensforschung de Hanover, la Studiengesellschaft für Friedensforschung de Munich, el Institut für Friedensforschung und Sicherheitspolitik de Hamburgo, la Hessische - Stiftung Friedens- und Konfliktforschung de Francfort, por no hablar de otros organismos menos conocidos en Berlín-Oeste o en Tübingen. Cada país escandinavo tiene un Instituto mundialmente conocido: el Swedish International Peace Research Institute de Estocolmo, el International Peace Research Institute de Oslo, la International Peace Research Association de Tampere, en Finlandia o el International Peace Research Institute de Esberg, en Dinamarca. Los organismos ingleses, cuya fama ya está hecha, son la Conflict Research Society del University College de Londres y el Lancaster Peace Research Center. En Norteamérica es donde la disciplina se ha desarrollado más. Además del Canadian Peace Research Institute de Clarkson, en Ontario, mencionemos en los Estados Unidos: el Carnegie Endowment for International Peace de Nueva York, el famoso Center for Research on Conflict Resolution de Ann Arbor, en Michigan, el Institute of War and Peace Studies de la Columbia University, los Stanford Studies in International Conflict and Integration en California. Además de estos Institutos y Centros, existen otras formas de promover las investigaciones acerca de la paz bajo la forma de fundaciones: por ejemplo, en Francia, la Section Française de l'Académie mondiale pour la paix, en Niza.

Debido a su diversidad, las investigaciones carecen de unidad. No se llevan a cabo con un nombre único semejante al de sociología,

psicología o demografía. El término polemología no ha conseguido imponerse universalmente, ya que se le prefiere al de Peace Research en los países anglosajones. Sin duda, el carácter interdisciplinario de las investigaciones y el rápido desarrollo de la disciplina explican en parte la dispersión de los esfuerzos, pero hay que reconocer también que el estatuto de este tipo de investigaciones sigue siendo incierto. Parece incluso imposible hacer hoy día una síntesis pertinente tanto de los debates como de los resultados positivos alcanzados. No sin segunda intención se mantiene el término de investigaciones (en plural) y se evita una denominación única como la de polemología: esta forma de proceder de vía libre, bajo el vocablo de la ciencia, a tendencias que no son todas ellas científicas; disimula a veces opciones filosóficas o ideológicas y conceptos divergentes acerca del porvenir de la sociedad. Con toda verosimilitud, se mantiene el concepto de peace research porque permite valorizar, al menos implícitamente, la noción de paz; por lo tanto, estar en el "lado bueno" y desacreditar la guerra como fenómeno histórico. Se hacen, pues, intervenir en los juicios criterios extra-científicos, de naturaleza moral, tranquilizando a la par la conciencia con detrimento de la ciencia y de sus exigencias. Así sucede frecuentemente que se fija como tarea promover la paz antes que promover las investigaciones acerca de la paz y de la guerra. No hay concordancia entre las orientaciones.

II.- LAS ORIENTACIONES

Cuando se consideran las cosas globalmente, se observa enseguida que unos privilegian los análisis de la paz, otros los que se refieren a la guerra. Aparentemente, esta diferencia no debería tener importancia, ya que todo estudio sobre la paz remite necesariamente al conocimiento del fenómeno bélico y viceversa. Científicamente, parece que es tan discutible estudiar la paz en sí como la guerra en sí. Sin embargo, si se consideran las cosas con más detalle, se comprueba que no es indiferente, tanto desde el punto de vista del método como desde el de la investigación, abordar el problema dando prioridad a la paz o a la guerra. Se aplica un espíritu distinto en cada caso, en la medida en que los que privilegian el análisis de la paz están generalmente inclinados a no ver los problemas más que bajo este ángulo y a descuidar el examen del acto bélico, a no ser para condenarlo en nombre de prejuicios o de aspiraciones llamadas humanitarias. Esta opinión puede incluso parecer penosa para los que rechazan "los a priori" en materia científica. Me parece indispensable conceder atención a la guerra ya que ha condicionado,

en gran parte, toda la historia hasta ahora. Sería asombroso que, de repente, los investigadores de una o dos generaciones hallaran la solución milagrosa que pusiera definitivamente punto final a toda guerra. No se puede eliminar de un plumazo un fenómeno tan constante como la guerra, por el simple pretexto de que la paz constituiría un valor superior.

Sería por lo tanto faltar a la honradez intelectual el disimular el conflicto latente que opone a los que se dan como punto de partida la paz que hay que realizar y los que parten de la repetición histórica de las guerras para analizar el significado de la paz. La idea de una paz definitiva presupone que, en efecto, habríamos vivido la última de las guerras o, al menos, que estaríamos a punto de pasar por esa experiencia. ¿Quién puede afirmarlo sin caer en el profetismo? En general, el investigador que, de entrada, toma en cuenta el hecho histórico de la guerra evita anticipar la historia por venir. Se cantona en el análisis de los datos empíricos que son, hasta ahora, la permanencia de la violencia, de los conflictos y de los compromisos. El que da la primacía a la paz se forma, de entrada, una imagen utópica e idílica del futuro y calumnia así la realidad histórica que debería analizar como experto porque ella sólo es asequible a la investigación científica. Se comprende fácilmente que el investigador de este último tipo cae de buena gana en la futurología escatológica: da a menudo la impresión de que la construcción de la paz sería independiente de la política o incluso que habría que eliminar esta última. Los imperativos de todo método científico exigen que se opere la selección a base de los documentos y de los hechos analizados; que no obedezca a una extrapolación que refleje los deseos y las aspiraciones del investigador, incluso si consigue comunicar su fe a otros. No cabe, en nombre de un deseo, eliminar los intereses, los antagonismos materiales y las rivalidades espirituales que siempre han enfrentado a los hombres.

A fin de cuentas, se halla, en la esfera de las investigaciones sobre la paz y la guerra, dos orientaciones principales: una, que se puede llamar normativista, se da como meta imaginar las condiciones abstractas e ideales de una paz perpétua, pero descuida los datos concretos y científicamente localizables de la historia y de la sociología; otra, que se puede llamar analítica, tiene en cuenta condiciones sociales, ya sean de orden económico, político o religioso, ya sean de orden demográfico, técnico, así como de todo nuestro saber acerca de la humanidad.

1) La orientación normativista

Entiendo por orientación normativista la de los teóricos o investigadores que, por una parte, hacen intervenir en su análisis a priori religiosos, ideológicos o filosóficos personales, al lado de los factores que resultan del estudio positivo de los fenómenos; que, por otra parte, hacen creer que tendrían ellos mismos por tarea, como investigadores, según la expresión de Rapoport, "impedir las guerras.. y promover la paz", como si la paz dependiese esencialmente de las investigaciones teóricas. Esta orientación se subdivide a su vez en varias tendencias según la naturaleza del a priori al que se le concede la preeminencia.

a) La tendencia religiosa. Como se encuentra, en todas las religiones, preceptos y comportamientos que celebran la paz al lado de otros que van en sentido contrario, se extrapolará los primeros y se les concederá una legitimidad superior a la de los segundos. Las encíclicas papales *Pacem in terris* y *Progressio populorum*, así como la carta del Cardenal Roy al Papa Pablo VI con ocasión del X aniversario de *Pacem in terris*, ilustran, en el contexto del mundo católico, una dirección que se encuentra igualmente en investigaciones de otra filiación religiosa: esto se comprueba leyendo textos de las distintas conferencias por la paz de la asociación de las religiones mundiales (la última tuvo lugar en Strasbourg en 1975). Limitándonos al mundo católico, se ve que se trata mucho más de llamamientos a la paz -incluso cuando se basan en los diversos análisis de los investigadores de ciencias humanas- que tienen por objeto la construcción de una "paz universal", luego de una paz de naturaleza escatológica, concebida como fin último de la humanidad. Aparece allí la paz como debiendo responder al mensaje evangélico antes que como debiendo ser objeto de negociaciones entre los Estados. Además, se opera un constante deslizamiento de la paz evangélica, o paz de los corazones, hacia la paz política porque apenas si se molesta uno en interrogarse acerca de la legitimidad y la pertinencia de este género de transposiciones. Mas nada permite extender sin más ni más la paz preconizada por el Evangelio, que ha de establecerse entre prójimos, a la paz que habría que instaurar entre las unidades políticas. Por ello se descuida, en general, el estudio de los fenómenos guerra y enemigo; y ello porque se hace de la paz un fin en sí, un valor independiente de las contingencias históricas y de los condicionamientos psico-biológicos del hombre.

b) La tendencia moralista está a menudo cerca de la precedente aunque, en general, invoque preferentemente la dignidad moral del hombre. La guerra sería un mal absoluto que hay que condenar sin reservas; la paz sería un bien absoluto que hay que preservar o instaurar, cualesquiera que sean las consecuencias. Se puede clasificar bajo esta rúbrica las distintas investigaciones llevadas a cabo con pretexto de pacifismo y de humanitarismo. Sus formas son extremadamente variadas, desde las más ingenuas hasta las más elaboradas, como las que tienden a la constitución de una ciencia de la paz aplicada. Unos investigadores se colocan bajo el signo de la objeción de conciencia, de la no violencia o de la justicia; otros reclaman un desarme general o al menos progresivo, con una limitación creciente de los armamentos, empezando por la panoplia nuclear.

Este tipo de investigaciones va frecuentemente acompañado por antimilitarismo. Para tocar el sentimiento, añaden a veces a sus reflexiones unas visiones casi apocalípticas relativas al porvenir de la humanidad. Entre las teorías más conocidas, hay que señalar las que propugnan la paz por el derecho, ya sea por exclusión radical de la guerra, ya sea por la primacía concedida a las negociaciones en los asuntos internacionales. Citemos también las teorías de la paz por el comercio o la economía en la tradición liberal de B. Constant o de H. Spencer; con el paso de la economía de la escasez a la economía de la abundancia merced a la industrialización, la humanidad pasaría del estadio militar a un estadio definitivamente pacífico. La abundancia sería pues, por sí misma, fuente de paz y hostil a la violencia. La teoría actualmente más típica es la de A. Rapoport, especialista de la "peace research" de la Universidad de Toronto, que cree posible la construcción de una ciencia de la paz aplicada. Permitiría a los sabios sustituir a los políticos, a condición de haber previamente destruido las instituciones de guerra o, al menos, reducido su eficacia; de haber eliminado la élite militar de los Estados Mayores que sólo son un "sindicato de criminales" y de "parásitos" y, finalmente, de haber "minado las costumbres de obediencia", los vínculos de lealtad y de confianza". En general, esta tendencia considera como superfluos todo análisis de la guerra, todo estudio acerca de su naturaleza y de sus causas; sencillamente porque constituye un azote de la humanidad cuya existencia hay que suprimir. Sucede, en consecuencia, que ciertos pacifistas de tendencia revolucionaria o marxista, apelen a la última violencia que eliminaría toda violencia. Otros se contentan con edificar planes de paz ya que ésta dependería, de ahora en adelante, como las demás actividades, de una estrategia planificadora.

c) La tendencia ideológica. Se la encuentra en los escasos institutos de la disciplina del Tercer Mundo, pero sobre todo en los países del Este europeo, aunque no falta en Occidente donde es, no obstante, más discreta. Mis conversaciones con especialistas del Tercer Mundo, principalmente hindúes, y la lectura de diversos documentos indican que se tiende a simplificar el problema reduciéndolo al colonialismo o al neocolonialismo. Sería inútil estudiar el fenómeno de la guerra, ya que está llamada a desaparecer con las últimas secuelas del colonialismo, dado que por tradición los países del Tercer Mundo serían pacíficos. Se liquida por lo tanto la historia de la India para quedarse sólo con la no violencia de Gandhi (a menudo mal interpretada, cuando se consultan los textos) o las guerras en África que han permitido los imperios de Ghana, de Mali y demás.

Hay que hacer mención especial del Instituto internacional de la paz, de Viena, donde desde 1970 se organizan encuentros entre los especialistas de Occidente y sabios del Este de Europa. La literatura que he podido recoger me lleva a hacer diversas observaciones. Se discuten allí problemas que merecen la atención, por ejemplo los del embargo o del comercio internacional, en el sentido de las relaciones prácticas entre los países europeos. Sin embargo sólo se consideran generalmente los problemas de la guerra y de la paz bajo el aspecto de las relaciones internacionales actuales, particularmente la coexistencia pacífica; apenas dan lugar a análisis positivos o fenomenológicos. Si, por ejemplo, se leen las comunicaciones del profesor Steiniger de la Humbolt-Universität de Berlín oriental o de Morozov, del Instituto de Economía Mundial de Moscú, los factores belígenos serían el imperia--lismo y el colonialismo capitalistas y los países del Este sólo mantienen ejércitos para guardarse de la agresión capitalista. Además, todos estos países serían fundamentalmente adictos de la paz y la mejor prueba de ello es que las únicas propuestas constructivas presentadas en la ONU se deben a la iniciativa de los países socialistas en unión de los Estados recientemente independientes. Desde el momento en que la URSS persigue una política esencialmente pacífica, sería ocioso querer estudiar los aspectos belígenos de su política.

d) La tendencia filosófico-crítica. Tomo la noción de crítica en el sentido que le dan actualmente los medios de contestación más o menos revolucionarios que, so capa de sociología, hacen más bien filosofía, a imagen de la principal corriente crítica que fue la Escuela de Francfort. Esta tendencia ha dominado durante muchos años las investigaciones en Es-

candinavia, particularmente en el Instituto internacional de la investigación acerca de la paz, de Oslo, creado por Galtung y actualmente dirigido por Eide. Pero ha tenido asimismo profunda influencia en numerosas investigaciones en Alemania, las de Senghaas o de Krippendorff por ejemplo, así como en los países anglosajones. Ha sido prácticamente ignorada en Francia, excepto por parte de los especialistas, aunque existen algunas traducciones de artículos de esta corriente en Bélgica.

El iniciador de esta tendencia y su principal representante es el noruego Galtung. Se puede resumir su doctrina de este modo: lo que generalmente se llama paz no es sino una falsa paz, por el hecho de que las sociedades no tienen solamente que enfrentarse a conflictos caracterizados sino también a una violencia latente. En efecto, existen dos clases de violencia: una, llamada directa o actual, opone abiertamente a los combatientes durante un conflicto determinado como la guerra o una revuelta; otra, llamada indirecta o estructural, permanece difusa en las estructuras sociales bajo la forma de la explotación económica del hombre por el hombre o del dominio del hombre sobre el hombre. Galtung hace, además, otra distinción entre el conflicto simétrico y el conflicto asimétrico. En el primer caso, se trata de una lucha que pone en juego una relación de fuerzas por parte de enemigos que se hallan en una situación análoga y que disponen poco más o menos de los mismos medios o armas y de un mismo potencial. En el segundo caso, la lucha es desigual porque enfrenta de entrada a antagonistas de los cuales uno se encuentra en una posición de inferioridad porque no dispone de los mismos medios que el otro; por ejemplo, la oposición entre los países industrializados superpotentes y las naciones en vías de desarrollo, o la de los patronos y los obreros, o también la de la sociedad establecida y los marginados. Según Galtung, sólo habrá paz verdadera si se suprime en las sociedades no sólo la violencia directa y los conflictos simétricos sino también la violencia estructural, es decir, los métodos opresivos que caracterizan toda autoridad, y los conflictos asimétricos. Llega a reclamar la abolición de toda relación jerárquica, incluida la de padre a hijo, de maestro a alumno o aprendiz, porque es represiva. Por lo tanto, los investigadores deberían ir más allá del simple estudio de la paz para llevar a cabo una acción en pro de la abolición de toda violencia y autoridad, creando si fuera preciso grupos de presión que organizaran contra-conferencias cada vez que, en una ciudad, los hombres de Estado se reúnan para discutir o negociar acuerdos. Una investigación sobre la paz que no fuese seguida por una propaganda y una intervención en pro de la paz seguiría siendo vana. Les incumbe a los investigadores determinar las nor-

mas de la paz en general combatiendo, revolucionariamente si fuese preciso, la violencia estructural y toda relación de autoridad.

e) La tendencia constructivista, según la expresión de Paul Lévy, Director del Centro de Investigaciones de la Paz de la Universidad Católica de Lovaina. Muchos investigadores de esta tendencia se han adherido, al principio, a la tesis de Galtung o al menos compartiendo algunas de sus opciones. Pero se hacen cada vez más circunspectos respecto de la utopía filosófica subyacente. Se trata, por lo tanto, de una corriente bastante reciente que no ha hallado todavía una verdadera unidad. En lo esencial, las investigaciones se orientan hacia la construcción de modelos globales o parciales de la paz, en el sentido de un plan general o de estudios relativos a las minorías, a la integración, a las condiciones de una paz justa, etc. Cabe mencionar los trabajos más recientes de Senghaas en Alemania sobre el desarme; las reflexiones sobre el Estado mundial de von Weizsäcker, animados del Centro de Investigación de la Paz de Munich; las investigaciones de K. Deutsch sobre los nacionalismos y los federalismos. La misma tendencia parece tener siempre más crédito en Inglaterra, en Austria, así como en el marco del Institut für Friedensforschung de la Universidad de Viena animado por R. Weiler y en Israel con los trabajos de Muskhatt Werblowski.

2) La orientación analítica

Entiendo por orientación analítica la de los investigadores que estudian los fenómenos de la guerra y de la paz en el contexto sociológico actual, sin lanzarse a condenas o a apologías absolutas. A la par que reconocen la importancia de las previsiones, rechazan no obstante toda predicción utópica, profética, apocalíptica o sencillamente ideológica; lo que no les impide lo más mínimo tomar en consideración el peso de la ideología en las actitudes ante la guerra y la paz. Tratan de volver a colocar cada vez sus análisis en el contexto político, económico o religioso del período considerado, incluida la época contemporánea, en la medida en que es posible presentir el desarrollo eventual de nuestras sociedades a partir de los documentos, de la información y de las investigaciones disponibles. Sin renunciar a emitir, dentro de los límites de su investigación, juicios de valor, con tal que se les pueda basar en la experiencia humana general y en los datos de la observación, evitan las valoraciones partidistas que no puedan justificar positivamente. En todo caso, se encierran en su papel de investigadores sin querer substituir a los

responsables políticos que tienen a su cargo, la conducción de las sociedades. Esta orientación dista mucho, también de ser uniforme: lo que diferencia a los investigadores de esta orientación no son tanto tendencias, como enfoques distintos de los problemas.

a) El enfoque - histórico - prudencial. Agrupamos bajo este vocablo estudios bastantes dispares sin filiación doctrinal, excepto ocasionalmente. Tienen no obstante la preocupación de no separar los análisis de la guerra y de la paz de la realidad del desarrollo histórico, aunque, a menudo, conceden la máxima atención a las condiciones actuales de las oportunidades de paz o de guerra. El ejemplo más característico, en Francia, es el de Raymond Aron. Por una parte, se refieren a las doctrinas conocidas del pasado con objeto de mejor comprender el significado de la guerra y de la paz para las sociedades y la política, a ejemplo de los trabajos de Aron sobre Clausewitz, o las relaciones entre la guerra y la sociedad industrial. Por otra parte, se esfuerzan de situar el problema en la contemporaneidad inmediata interviniendo, con la voluntad de ser tan objetivo como posible, en las controversias actuales acerca de las relaciones entre la estrategia y la diplomacia, acerca de las condiciones de una disuasión eficaz o, finalmente, analizando el fenómeno de la guerra bajo sus aspectos no clásicos como la guerra revolucionaria de Lenin y de Mao o la subversión.

Este enfoque multiforme no impide en forma alguna a R. Aron, por ejemplo, aportar una contribución esencial a la elaboración teórica y conceptual de los problemas. Cabe relacionar con su método los trabajos de Baechler acerca de las revoluciones o la ideología y, en otro orden de ideas, los estudios de Merle sobre el internacionalismo y el desorden de las relaciones internacionales. Se pueden mencionar investigaciones análogas sobre otros temas en los distintos países europeos. Por ejemplo, los del holandés Rölling que se ha interesado en las relaciones entre la permanencia de las guerras y la institución estatal. En Alemania, hay que mencionar los trabajos de C. Schmitt sobre la guerra discriminatoria, el fenómeno del partisan, el significado del derecho público europeo, la importancia del espacio en las situaciones bélicas o pacíficas. Cabe asimismo citar los análisis de von Hentig sobre los tratados de paz, los de Dahrendorff sobre el conflicto. En los Estados Unidos se tropieza con la misma diversidad con, entre otros, los ensayos o encuestas de Caplow acerca del tercero en el conflicto, de Angell acerca de las relaciones y organizaciones internacionales, de Boulding acerca de las relaciones entre la guerra y la economía, de Etzioni acerca de la competencia o

de Lewin acerca de la manera de resolver los conflictos. Otros estudios americanos tienen una mira más operativa: por ejemplo, los llevados a cabo en el Massachusetts Institute of Technology, bajo la dirección de Isard (uno de los promotores de las investigaciones sobre la guerra y la paz); la teoría de los juegos de Neumann y Morgenstern; o también los análisis de T.C. Schelling acerca de la estrategia del conflicto y el fenómeno de la crisis. He de limitarme aquí a estas pocas indicaciones porque existen en todos los países numerosos trabajos del mismo género y todos ellos son del tipo del análisis científico, aunque a menudo no haya ningún vínculo directo entre todos esos investigadores.

b) El enfoque bio-psicológico. Bajo la influencia de diversas doctrinas , principalmente del marxismo, numerosos autores han visto la causa de la violencia en una mala organización de las sociedades. Según ellos, el origen de la guerra sería puramente estructural. El enfoque bio-psicológico tiene el mérito de mostrar, sobre la base de observaciones y de experimentaciones precisas, que pulsiones agresivas existen también en el hombre, como en cualquier animal. No se trata de estudiar únicamente el fenómeno de la agresión como acto de violencia, como Aronson, por ejemplo, sino el instinto de agresividad propio del hombre, que puede, en su caso, dar lugar a una agresión caracterizada. Este género de estudios ha sido muy especialmente desarrollado por la ciencia del comportamiento, por iniciativa del premio Nobel, K. Lorenz y de sus alumnos, como Eibl-Eibesfeldt.

Estas investigaciones empiezan a ser bien conocidas en Francia.

Se puede resumir la tesis de Lorenz en tres puntos esenciales:

- la agresividad es un instinto como otros. Como tal, está destinado a asegurar la vida y la supervivencia del individuo y de la especie. Sólo se transforma en violencia en determinadas circunstancias. Por ello, la agresividad no es malévola ni nociva de por sí, porque la existencia comporta normalmente agresividad;
- la guerra no es una lucha entre especies, sino que constituye el conflicto interespecífico de la especie humana;
- el error consistiría en eliminar, en nombre de una emancipación total, esta agresividad. En efecto, ninguna sociedad puede sobrevivir ni

organizarse más que con la condición de controlar la espontaneidad de la agresividad mediante reglas, apremios o prohibiciones. Se trata de ritualizar la violencia. No hay civilización más que a este precio.

Los trabajos de Lorenz han suscitado casi en todas partes nuevas investigaciones, incluyendo algunas de ellas los resultados de otras disciplinas como el psicoanálisis. Unas han tratado de confirmar o de corregir ciertos puntos de vista de Lorenz, otras de combatirlos. En el primer orden de ideas, hay que citar los estudios del psiquiatra americano F. Hacker que, además del fenómeno de la violencia, ha analizado asimismo el fenómeno del terror. Los trabajos del psicoanalista alemán A. Mitscherlich sobre la paz y la agresividad o los del psicoanalista inglés A. Storr acerca de la inevitable agresividad. En Francia, el tema ha sido objeto de las investigaciones de Laborit, pero en un sentido que se aparta de las tesis de Lorenz. Otros estudios controvierten directamente las investigaciones de este último, especialmente los del psicoanalista americano Fromm. Hay que citar igualmente en Alemania la recopilación de estudios de varios sabios publicada por A. Plack.

c) El enfoque propiamente polemológico. Se trata de la contribución esencialmente francesa al conjunto de las investigaciones que se llevan a cabo en el mundo. Este enfoque goza de una gran notoriedad más allá de las fronteras, como lo atestiguan los institutos de polemología que se han creado en los países limítrofes, siendo el más reciente el de Barcelona. El mérito del desarrollo de este tipo de investigaciones corresponde a G. Bouthoul que, como se sabe, fue el pionero de las investigaciones sobre la guerra y la paz. El Instituto Francés de Polemología que ha fundado en París se fija, con sus colaboradores R. Carrère o H. Savon, una doble meta. En primer lugar, el censo de los actos de violencia tanto pasados como actuales en el mundo entero y el análisis de las distintas teorías de la paz y de la guerra en la historia. No se encuentra prácticamente más trabajo análogo que el realizado por el SIPRI de Estocolmo. Se trata de un esfuerzo de larga duración que no sólo servirá a los futuros investigadores sino que permitirá también detectar las distintas formas de la violencia y de establecer una tipología. Este Instituto lleva también a cabo investigaciones más individuales que se refieren a la función de la guerra en las sociedades y a las condiciones empíricas de la paz. Este enfoque es estrictamente científico, en la medida en que descarta los presupuestos ideológicos, religiosos o filosóficos, sin menospreciar no obstante su peso en el desencadenamiento de los conflictos, ya

sean revolucionarios u otros, así como en el concepto que los hombres tienen de la paz en las distintas épocas.

El único instituto universitario de polemología en Francia es el de Strasbourg, que yo dirijo. Las investigaciones de esta institución se orientan en dos sentidos, próximos a las preocupaciones del Instituto Francés de Polemología de París: por una parte, el análisis del conflicto en general, en todas sus formas y de los distintos aspectos de la violencia (por ejemplo, la de las muchedumbres) con vistas a determinar si la guerra constituye un conflicto específico; por otra parte, la voluntad de precisar las relaciones estrechas entre la actividad política y el desencadenamiento de las guerras o el establecimiento de las paces.

A fin de cuentas, la originalidad de la polemología reside en la preocupación de no separar los fenómenos de la paz y de la guerra de su contexto histórico, social y político y de no tratarlos como entidades por sí. Hay que citar, en el mismo orden de ideas, ciertos trabajos de polemólogos extranjeros, por ejemplo los de Fornari y de Antonini en Italia y, con variantes, los de Röling en Holanda e incluso los de P. Lévy y de Werner en Bélgica.

III.- LOS OBSTACULOS

Se comprueba, por lo tanto, que la disciplina constituida alrededor de las nociones de paz y de guerra da lugar a esfuerzos dispares y dispersos. Ello no es de extrañar, ya sólo hace apenas tres decenios que se abordan sistemáticamente estos problemas. Es pues normal que en tan breve tiempo no hayan encontrado todavía las investigaciones su verdadero camino ni una metodología apropiada. Basta hacer una comparación con la sociología o la psicología en el siglo pasado. Han tardado asimismo mucho tiempo en constituirse. Ninguna ciencia ha sido de entrada dueña de sí misma, sino tras períodos de titubeos a veces muy largos. Sin embargo es ya impresionante la masa de escritos y de documentos disponibles. Ciertamente, a veces la abundancia de las ideas y de las tendencias perjudica el rigor del razonamiento. No obstante, hay que reconocer que los encuentros entre especialistas son fructíferos, no sólo por lo que se refiere a los intercambios entre partidarios de una misma orientación, sino también entre los de las dos orientaciones divergentes, como lo atestigua el coloquio internacional de polemología celebrado en Lovaina en marzo de 1971. Hay, desde luego, más afinidades entre los puntos de vista de Galtung, Senghaas y Rapoport que entre los de Bothoul,

Fornari o Lorenz, pero no cabría decir que unos desconocen los trabajos de los otros. Tal actitud sería contraria a los principios de la república de los investigadores. Hay oposiciones que son corrientes en la investigación, discusiones y confrontaciones de ideas divergentes que son una de las condiciones del desarrollo de una disciplina, sobre todo cuando es joven. Dicho esto, no se debe ocultar que subsisten obstáculos que ponen trabas todavía a la progresión de las investigaciones. Son de distintos órdenes.

1) En la medida en que la guerra y la paz dependan de la voluntad de los hombres y por consiguiente de la política que aprueban o de la que dejan hacer, es tentador para los gobiernos no favorecer, mediante los créditos que conceden a los institutos que apoyan, más que las investigaciones susceptibles de confirmar el acierto de su política, independientemente de toda deontología científica. Es cierto que cierto número de investigadores se prestan a este juego, tanto en los países del Este como en los de Occidente. Sucede también que la opción política personal del investigador sea el presupuesto de sus investigaciones. Estamos sin duda en presencia de un problema más general que afecta a todas las ciencias, incluidas la física, la química y la biología, es decir, el de las relaciones actuales entre la ciencia y la política. Se trata incluso de un hecho importante de nuestro tiempo que debería ser objeto de los análisis de la polemología. Parece sin embargo que este fenómeno nuevo es más perjudicial para una disciplina en vías de formación que para ciencias constituidas desde hace mucho tiempo y que pueden presentar resultados indiscutibles. Existe, por lo tanto, el peligro de la irrupción de las convicciones y de las ideologías políticas en la investigación. Esta irrupción puede tomar diversos aspectos. Por oposición a la política general llevada a cabo actualmente y por oponerse a la sociedad existente en nombre de un ideal de la anti-sociedad o de la contra-sociedad, el investigador puede elaborar un concepto de la paz que no tiene ya ninguna relación con las condiciones históricas y empíricas. Se hace entonces apóstol de un irenismo que depende mucho más de la escatología que de la ciencia. Cabe asimismo preguntarse si el investigador no se hace ilusiones cuando culpa a los hombres políticos del desencadenamiento de las guerras y se reserva el papel de promotor de la paz o, al menos, el de agente capaz de impedir la guerra. ¿ Está la ciencia en condiciones de impedir la guerra ? ¿ No se llega, en este caso, a una politización de la ciencia que es contraria a su finalidad? Por esta razón, me parece capital, en el estado actual de la investigación, analizar, en el sentido de la neutralidad indispensable para el investigador, las relaciones entre la política y

los problemas de la guerra y de la paz. Esto supone que se estudie con la misma preocupación de objetividad el fenómeno de la política y los de guerra y paz.

2) La mayor parte de las investigaciones acerca de la guerra y la paz se llevan a cabo en organismos universitarios. Mas existe hoy día en las universidades una tendencia bastante fuerte a desacreditar el análisis riguroso y conceptual en provecho de consideraciones confusas y poco basadas en el porvenir de las sociedades. La justificación de las convicciones del investigador, por este hecho, pasa bastante a menudo por delante de la demostración e incluso se hace pasar por la ciencia auténtica. No hay solamente falta de entendimiento acerca de las nociones de guerra y de paz, sino acerca de la misma definición del concepto de investigación y de ciencia. Por ejemplo, es todavía bastante frecuente que especialistas de la "Peace Research", a la par que se proclaman adictos a la causa de la paz, tomen partido, en una guerra, por el bando que consigue hacerse pasar por revolucionario. No se dan cuenta, por falta de un análisis lógico, que la revolución es una forma, y tal vez la forma moderna, de justificar la guerra. Por ello se tiene a menudo la impresión de hallarse, so capa de la ciencia, en presencia de una literatura comprometida, más partidista que realmente científica. Se descuida pura y simplemente someter la noción de revolución a la crítica, aun cuando ésta es una forma de violencia. Es incluso fácil poner en tela de juicio la realidad militar. Pero se olvida, en general, observar que el partisan revolucionario es la más de las veces un civil que se transforma en combatiente, que en caso de necesidad vuelve a crear un ejército que no existe o que ya no existe. Se puede pues sentir que las investigaciones sobre la guerra y la paz hayan concedido tan poca atención a las formas disfrazadas de la guerra, porque reducen el concepto al enfrentamiento entre ejércitos constituídos. Sucede, en estas condiciones, que las investigaciones sobre la guerra y la paz se conviertan ellas mismas en factor beligeno.

3) Todas las ciencias humanas y sociales están por esencia directamente expuestas a la intervención incontrolada de los juicios de valor, por el hecho de que no tratan una materia inerte sino que se interrogan acerca del hombre y de sus condiciones de existencia. Las investigaciones sobre la guerra y la paz no escapan de esta ley, tanto menos cuanto se preocupan no sólo de los sentimientos sino de fenómenos que ponen en juego la vida y la supervivencia de los seres. Es, en efecto, más delicado abordar un acontecimiento como la guerra, que la sociedad en general o los grupos

como lo hace la sociología. En principio, nadie quiere la guerra. No obstante los hombres han recurrido siempre a ella por razones diversas. Es lo que habría que explicar. Desgraciadamente, sucede con harta frecuencia que especialistas de las investigaciones sobre la guerra y la paz aprovechen esta hostilidad hacia la guerra, vaga y casi indolente, para hacerse, a buen precio, los campeones de una idea generosa de la paz. Más que los especialistas de las demás ciencias humanas y sociales, pueden en efecto dirigirse al sentimiento y a la piedad, aunque sea haciendo pasar su opinión personal por un juicio apoyado por el rigor de una disciplina científica. Este tipo de actitud encuentra tanto más fácilmente eco cuanto que vivimos en una sociedad conflictiva -algunos dicen incluso que en un estado de guerra civil latente- en la que todas las actividades humanas son puestas simultáneamente en tela de juicio, ya se trate de religión, de economía, de moral, del Estado o del arte. Es posible que, gracias a una encuesta más profunda, nuestras sociedades no conozcan más violencia que las de antaño. Pero parece que esta violencia sea más diversificada y más insinuante por el hecho de que se la justifica en nombre de una moral nunca definida y de una oposición latente a toda regla y a toda sujeción. Se hace fácil, para ciertos investigadores, tomar el pretexto de esta situación para inculcar a seres inquietos una pretendida certeza científica.

4) Numerosos especialistas de la "Peace Research" se ilusionan acerca de la naturaleza de la ciencia, bien porque estimen que es una actividad pacífica de por sí, bien porque crean que es capaz de instaurar la paz, que la política no cesa de poner en peligro. Es ésta la manera contemporánea de cultivar el viejo prejuicio del científicismo. De hecho, como nos lo enseñan numerosos ejemplos históricos, cualquier actividad humana puede ser polemógena (fuente de conflictos) o belígena (fuente de guerra), incluidos el arte y la religión: basta evocar el caso de la iconoclastia. Lo mismo que las demás actividades humanas, la ciencia no goza del privilegio de ser exclusivamente pacífica: tanto puede estar al servicio de la guerra como al de la paz. Y, ya que son los mismos hombres los que hacen la guerra y la paz, no se ve por qué la guerra sería obra de los políticos y la paz de los sabios. Por consiguiente, solamente los que pueden hacer la guerra pueden igualmente hacer la paz o mantenerla. El error, que no se debe cometer, consiste en confundir investigación y decisión, porque se trata de dos órdenes de cosas distintos en cuanto a su naturaleza y a su finalidad. En efecto, la primera se caracteriza por una puesta en tela de juicio renovada e indefinida de los problemas e incluso de los resultados adquiridos; la segunda se basa en con

venciones: tiene por objeto acuerdos o compromisos o, al contrario, rupturas y desacuerdos. No se puede, por ello, separar la idea de paz de la de negociación y de convenio, mientras que la investigación científica obedece a otros presupuestos distintos de la mediación y de la diplomacia. Una ley física no es cierta porque unos sabios se pongan de acuerdo para considerarla como tal. Hay que sobrepasar este género de confusiones y a ello se aplica la polemología en Francia porque ve en ello una de las condiciones previas para toda investigación científica.

5) Las investigaciones sobre la guerra y la paz tropiezan también con un cierto recelo, incluso sospecha, por parte de los políticos y de los militares que temen que los especialistas de este género de estudios vayan más allá de los límites de su competencia; que se mezclen en asuntos que no son de su jurisdicción, juzgando, por ejemplo, al consejero que se permite dar lecciones, complicando aun más, por declaraciones intempestivas, asuntos que ya son áridos de por sí. A menudo este recelo tiene su fundamento, si consideramos las propuestas de Galtung que consisten en perturbar mediante anti-conferencias las conferencias que organizan los hombres políticos para debatir los acuerdos posibles; o también si nos referimos, entre otras, a la moción aprobada por la mayoría de los participantes en la 6ª conferencia europea de la "Peace Research", celebrada en Copenhague en 1969, en la que se denunció el imperialismo americano y se hizo gala de la "solidaridad activa" con los "valientes" combatientes de Vietnam. Estamos, en efecto, en nuestro derecho de preguntarnos cómo tales propósitos pueden deducirse de cualquier proposición científica. Se comprende, en estas condiciones, que los hombres políticos responsables del destino de las colectividades que representan, lleguen a considerar las declaraciones de los especialistas de la "Peace Research" como una especie de farsa de intelectuales que sólo tienen una responsabilidad gratuita, porque se invisten ellos mismos de ella, sin haber sido encargados por instancias regulares y sin haber sido designados legalmente por los ciudadanos de los distintos países. Se arrojan con harta frecuencia, en nombre de la ciencia, un derecho que la misma ciencia no podría justificar. A fin de cuentas, dan una imagen falsa de la política y de la ciencia.

6) Hoy día, la investigación depende no sólo de la capacidad intelectual de los investigadores, sino también de los créditos que se destinan a la investigación, sobre todo cuando el objeto del estudio es interdisciplinario y exige un trabajo de equipo. El desarrollo metodológico de un análisis preciso sólo es actualmente posible a condición de llevar a cabo en-

cuestas, lo que supone desplazamientos, a veces a distintos países. Es asimismo indispensable mantenerse informado acerca de los trabajos extranjeros, lo que exige la participación en coloquios o conferencias internacionales. Por ahora, el tiempo del investigador solitario que trabaja con medios reducidos, ha pasado.

En ciertos países, los gobiernos favorecen las investigaciones sobre la guerra y la paz y, a veces, la iniciativa parte de la autoridad gubernamental, como en Suiza y en Alemania. Sólo citaré la intervención, hace unos años, del Presidente de la República federal alemana, Heinemann, con vistas a la creación del centro de la Friedensforschung de Munich. La ayuda se distribuye en forma desigual según los países: substancial en los países anglosajones, escandinavos y germánicos, es, en cambio, limitada en los países latinos donde este tipo de investigaciones tropieza bastante a menudo con una incomprensión general o con la indiferencia de las autoridades, dándose el caso de que en ellos se realiza el trabajo científicamente más sólido. Es una de las paradojas en el terreno de las investigaciones sobre la guerra y la paz.

Por lo tanto, los obstáculos son de dos tipos: unos, internos, otros externos. Por una parte, es evidente que una disciplina nueva, cuyo estatuto científico no está todavía claramente definido, puede dar lugar a orientaciones discutibles y a ciertos extremismos; tanto más cuanto que nuestra época es, consciente o inconscientemente, favorable a las innovaciones, a veces al precio de malas experiencias. Además, como se refieren a la evolución profunda de las sociedades, las investigaciones sobre la guerra y la paz exigen una ayuda, toda vez que su esfera de análisis es extremadamente amplia, dados los problemas que suscitan la guerra y la paz. Incluso si esta disciplina se limitara a reagrupar en forma coherente el conjunto de las investigaciones llevadas a cabo en el terreno de la guerra y la paz, realizaría una labor indispensable para las sociedades modernas. Una cosa es cierta: en materia científica, el recelo ha sido siempre un mal consejero. Lo que un país se niega a hacer, otro lo emprende, porque la ciencia no es una actividad para sí, separada del desarrollo de las demás actividades humanas. Dado que existen investigaciones sobre la guerra y la paz, se desarrollarán.

Desde luego, cabe interrogarse acerca de la utilidad de este tipo de investigaciones. Pero también se puso en tela de juicio la oportunidad de desarrollar la estadística, la psicología, la sociología y, más recientemente, el psicoanálisis. Han provocado discusiones, oposiciones

y objeciones, pero nada ha podido detener el florecimiento de estas disciplinas y, hoy día, nadie discute su interés. Como cualquier otra actividad humana, la ciencia progresa en virtud de sus presupuestos propios y no en virtud de las desaprobaciones o antipatías de los círculos no científicos. Las investigaciones sobre la guerra y la paz se están constituyendo en disciplina especial y, si consideramos las cosas en su conjunto, a nivel mundial, se comprueba que suscitan cada vez mayor interés. Había que empezar un día, como lo ha hecho Gaston Bouthoul tras la segunda guerra mundial. Es previsible que estas investigaciones seguirán desarrollándose, cualesquiera que sean los obstáculos y las dificultades. Se integran, de ahora en adelante, en la reflexión acerca de la evolución y del porvenir de las sociedades.
